

Periodismo científico... ¿de opinión?

Alfredo Marcos*

1. La divulgación de la ciencia como objeto de estudio filosófico

Podría pensarse que la reflexión sobre el periodismo científico no es asunto de la filosofía de la ciencia. De hecho, según la concepción clásica de esta disciplina, la que nació con el neopositivismo, el único objeto de estudio propio de la filosofía de la ciencia es el llamado contexto de justificación. Bajo la influencia positivista la filosofía en su conjunto se redujo a filosofía de la ciencia y ésta, a su vez, disminuyó hasta convertirse en un estudio lógico sobre la justificación de los enunciados de la ciencia. Las cuestiones relacionadas con la historia, la práctica y el descubrimiento científico quedaban alejadas de los intereses filosóficos. Ni que decir tiene, que en este ambiente la pretensión de tratar filosóficamente la divulgación científica hubiera parecido una simple extravagancia. Sin embargo, en las últimas décadas las cosas han ido cambiando. La rehabilitación de las perspectivas histórica y práctica ha permitido una ampliación considerable del campo de interés de nuestra disciplina. El contexto de descubrimiento es ya un objeto de estudio habitual para muchos filósofos de la ciencia. Y, junto a los contextos clásicos de justificación y descubrimiento, se han ido abriendo otros, como el de aplicación y el de enseñanza, que enriquecen nuestra comprensión filosófica de la ciencia.¹ Pues bien, en esta línea de ampliación de la filosofía de la ciencia habría que situar la reflexión sobre la divulgación de la misma, en sus aspectos epistémico y práctico. Es decir, la divulgación de la ciencia puede ser vista desde la filosofía como una vía de comunicación de conocimiento (aspecto epistémico), pero también como acción individual y social, con interesantes implicaciones sociales, éticas y políticas (aspecto práctico). Estos dos aspectos no están en realidad separados, sino que forman un continuo, y más en una sociedad como la nuestra, que hemos dado en llamar del conocimiento o de la información. Por ejemplo, actualmente podemos afirmar que la comunicación correcta del conocimiento científico constituye una condición necesaria para la democracia.

Se da el caso de que la información sobre cuestiones de interés público va siempre en los medios acompañada de opinión (a veces ambas incluso se mezclan de manera no deseable). Podríamos preguntarnos, pues, por la posibilidad de un periodismo científico de opinión, por su legitimidad y su alcance. Quizá lleguemos a aceptar que los medios pueden opinar sobre la ciencia en tanto que práctica con repercusión social, es decir, sobre políticas científicas o aplicaciones tecnológicas. Pero más difícil nos resulta aceptar que desde los medios se pueda opinar también sobre el mismo contenido de la ciencia. Estaríamos en un caso, aparentemente paradójico, de equiparación entre la *episteme* y la *doxa*. Para algunas tradiciones filosóficas pudiera parecer incluso una inversión escandalosa. Este es el asunto que trataré en lo que sigue. Para ello, en primer lugar, presentaré de modo sumario una teoría filosófica de la divulgación de la ciencia, y, en un segundo momento, discutiré la posibilidad de un periodismo científico de opinión.

* Universidad de Valladolid.

2. Esbozo de una teoría de la divulgación de la ciencia

La comunicación de la ciencia es un fenómeno complejo, que incluye la comunicación entre científicos y la comunicación de éstos con la sociedad. A su vez, la comunicación con la sociedad se lleva a cabo principalmente (aunque no exclusivamente) a través del sistema educativo y a través de los medios de comunicación. Aquí me ocuparé tan sólo de la divulgación de la ciencia, entendida como comunicación entre la comunidad científica y la sociedad a través de los medios.

Durante mucho tiempo se ha entendido la divulgación de la ciencia bajo el llamado "modelo de déficit."² Según éste, el público padece una carencia de conocimientos científicos por causa de la especialización de la ciencia y de la rapidez de su avance, de modo que el divulgador debe suplir ese déficit. Este elemental modelo teórico ha de ser superado. Estoy pensando aquí en una teoría de la divulgación de la ciencia de carácter filosófico, es decir, que incorpore componentes críticos, pero sin alejarse mucho de las prácticas reales. Una teoría filosófica ubicada en un justo medio entre la mera descripción y la prescripción utópica. En este sentido, parece adecuado pensar la divulgación de la ciencia como la función de un sistema que sirve de nodo o lugar de conexión para otros sistemas. Así el sistema de divulgación de la ciencia debe permitir la conexión, en todas las direcciones, entre científicos, políticos y ciudadanos.

Varios factores aconsejan el cambio de modelo teórico a la hora de pensar la divulgación de la ciencia. En primer lugar, los *avances recientes en filosofía, historia y sociología* de la ciencia han de ser tenidos en cuenta a la hora de hacer divulgación. Reconocemos hoy que la ciencia no es solamente una lucha individual por el conocimiento, sino que se trata también de un hecho social que a todos atañe de una u otra forma. Luego, la divulgación constituye una obligación política y moral. Pensamos, además, que la ciencia no consiste sólo en resultados, sino que es básicamente acción humana. Según esto, la divulgación de la ciencia no será sólo divulgación de los resultados de la misma, sino también de las prácticas científicas. Por último, el falibilismo nos enseña que las decisiones tecnocientíficas no pueden basarse en un cálculo infalible confiado únicamente a los expertos, sino que requieren debate público, y no habrá tal si no existe un sistema de divulgación de la ciencia que funcione como nexo eficaz y multidireccional entre ciencia y sociedad. Parece que aquí tendríamos un primer apoyo para reclamar un periodismo científico de opinión.

En segundo término, los *cambios sociopolíticos* habidos en las últimas décadas también están reclamando una nueva forma de divulgación de la ciencia. Cada día una parte más importante de las políticas son políticas científicas y tecnológicas. A ello hay que unir la vigente voluntad de perfeccionamiento de la democracia. En consecuencia, la divulgación de la ciencia parece cada día más imprescindible, pues no habrá decisiones democráticas sobre políticas científicas y tecnológicas si no hay un público suficientemente informado en estas cuestiones. Tampoco habrá decisiones democráticas en este terreno si los políticos y los científicos ignoran los estados de opinión de los ciudadanos. De nuevo aparecen razones a favor de un periodismo científico de opinión.

Pues bien, nuestra tesis aquí es que la mejor forma de teorizar las funciones de la divulgación de la ciencia en este nuevo contexto es pensándola como un *sistema abierto, adaptativo y social*.³ En efecto, el sistema de divulgación de la ciencia está en estrecha conexión con otros sistemas sociales, básicamente con el científico, tecnológico y político, pero también con el económico, jurídico, ético, militar o artístico entre otros. Por otro lado, también

está dotado de sus propios fines constitutivos, de una estructura interna que le otorga identidad y de un grado suficiente de autonomía sin el que no podría aspirar a la consecución de sus fines. La justa autonomía del sistema de divulgación de la ciencia, imprescindible para su correcto funcionamiento, también parece estar en consonancia con la reclamación de un periodismo científico de opinión. Difícilmente se podría hablar de autonomía en la divulgación si ésta tuviese que limitarse al mero transporte de conocimientos científicos, sin aporte crítico alguno.

La autonomía del sistema de divulgación de la ciencia requiere que el periodista actúe con criterios propiamente periodísticos y de sentido común crítico, por ejemplo a la hora de valorar las fuentes o de seleccionar y valorar noticias. En este sentido, el periodismo científico es periodismo integral, y debe serlo también en lo que hace a las retóricas que le son propias según el medio (prensa, radio, televisión, Internet...). Las metáforas e imágenes adecuadas para la labor del científico, en el terreno heurístico o en la propia teorización, pueden no ser las más acertadas para la tarea del divulgador. En principio este carácter de periodismo autónomo e integral debería afectar también a los géneros. Para la divulgación de la ciencia son aptos todos los géneros periodísticos, desde el reportaje a la entrevista, pasando por el humor gráfico. Sin embargo, géneros como la columna de opinión o el editorial presentan una dificultad especial. ¿se puede opinar sobre la ciencia?, ¿sobre sus contenidos o sólo acerca de sus aspectos prácticos? Y si aceptamos como legítima la opinión periodística sobre los contenidos de la ciencia, ¿no estaremos igualando *doxa* y *episteme*?, ¿no estaremos incluso propiciando una arriesgada inversión epistemológica?, ¿no estaremos sometiendo el genuino saber a la mera opinión?, ¿no supone esto una posición filosófica relativista?

3. Periodismo científico de opinión

La información tecnológica en los medios suele ser crítica, hace frecuente referencia a riesgos, errores o impactos indeseados, e incluso se detiene en los efectos sociales y ambientales de las tecnologías. Sin embargo, la ciencia también es acción y tiene implicaciones prácticas, recibe financiación pública y afecta a cuestiones sociales y políticas; incluso afecta a nuestra forma de ver el mundo de modo tal que condiciona nuestras vidas. Todo ello parece justificar un tratamiento de la ciencia con la misma independencia crítica que apreciamos en otros temas. Hay muchos aspectos de la ciencia, los más prácticos (políticas científicas, financiación, líneas prioritarias, sistemas de enseñanza, experimentación sobre animales y humanos...), que deben estar sometidos al escrutinio crítico de la opinión pública. Más problemático resulta el caso de los propios resultados de la ciencia, dado que aquí el periodista no puede ponerse en pie de igualdad con el científico, más entendido en la materia. Sin embargo, esto no anula toda posibilidad de crítica, incluso de los resultados y contenidos de la ciencia. Puede sonar un tanto heterodoxo, pero si ya hemos aceptado que se puede criticar las medidas económicas sin ser economista, el arte sin ser artista, las tácticas futbolísticas sin ser profesional del asunto e incluso las sentencias judiciales sin necesidad de ser juristas, ¿hay alguna razón para que la ciencia sea especial?

3.1. El reto de Feyerabend

El problema, tal como lo he planteado podría denominarse "el reto de Feyerabend." En las actuales sociedades conviven las más diversas tradiciones: la astrofísica se codea en los medios con la astrología, la psiquiatría con la parapsicología, la medicina con el curande-

rismo, la meteorología con la ufología, etc. Además existen concepciones del mundo y de la vida humana muy dispares, y algunas chocan con puntos de vista o prácticas tecnocientíficas. Encontramos, no obstante, que el sistema político está firmemente unido a la ciencia que algunos llaman "oficial," pese a que filósofos como Paul Feyerabend querrían un poder político más "laico" respecto a ella y más respetuoso con otras tradiciones.⁴ En la misma dirección relativista han apuntado algunos sociólogos de la ciencia y algunos pensadores de los denominados posmodernos. El *affaire* conocido como "la broma de Sokal" ha despertado un intenso debate sobre la respetabilidad de las interpretaciones y usos más bien libres que algunos posmodernos hacen del lenguaje científico.⁵ En líneas generales los relativistas creen que no hay nada especial en la ciencia que ellos llaman "occidental," que es una tradición más, y que una sociedad democrática debería tratar con igualdad a las diversas tradiciones respetables —por ser respetuosas— que se hallan en su seno. Contra esta opinión se ha argumentado que la ciencia tiene, en efecto, algo de especial, a saber, que es, por así decirlo, el mejor ejemplo de racionalidad que conocemos y cuya aplicación se ha visto coronada por innegables logros prácticos. Eso para el relativista es discutible. Pero no es necesario siquiera entrar en la discusión; podríamos simplemente preguntarnos ¿qué racionalidad?, ¿la de una determinada tradición?, ¿logros prácticos según los criterios de quién? Con lo que el debate comienza de nuevo. Y aun aceptando que la ciencia es más racional y exitosa que otros modos cualesquiera de enfrentarse a la realidad, nuevas preguntas avivarían la controversia: ¿por qué debería un sistema político democrático promover la racionalidad por encima de cualquier otra orientación vital o intelectual que pudieran albergar sus ciudadanos? Y en lo que aquí directamente nos afecta. ¿por qué la información científica debería ser tratada en los medios como algo especial, y no como una opinión más? ¿Hasta qué punto el periodista debe comprometerse más con las ideas de los científicos que con las de los quiromantes? ¿El dictamen del experto científico da por zanjada cualquier polémica con implicaciones políticas? ¿Puede, en todo caso, mantener el periodista una posición independiente en materia científica?

La legitimidad de un periodismo científico de opinión se puede defender fácilmente desde posiciones más o menos relativistas o irracionalistas. Una característica común de los pensadores posmodernos es el reconocimiento de la fragmentación, la negativa a aceptar un patrón común de comparación entre diferentes géneros o juegos de lenguaje. La fragmentación de los discursos y de las finalidades vitales hace que no podamos comparar unos con otros. Son incommensurables. No existe, por decirlo en lenguaje posmoderno, un metarrelato privilegiado, es decir, un relato sobre los relatos. Si lo hubiera, desde el mismo podríamos jerarquizar los relatos, comparar su valor. Podríamos, por ejemplo, comparar el valor de la ciencia con el de la pseudo-ciencia o con el de la opinión periodística. Pero no hay tal. Cualquier discurso que intente justificar una mayor autoridad de la ciencia, será tan sólo un relato más. Por supuesto, desde este punto de vista, tan legítima es la opinión periodística sobre la ciencia como el estudio científico de los medios. Pero sin criterios comunes falla la posibilidad de comunicación entre diferentes géneros, contextos, discursos, tradiciones, juegos de lenguaje, paradigmas o como queramos llamar a los fragmentos que han quedado diseminados tras el naufragio de la modernidad.⁶ Desde las posiciones posmodernas tenemos carta blanca para opinar en los medios sobre los resultados de la ciencia, incluso para utilizar libremente conceptos extraídos del discurso científico en contextos ajenos al mismo

(por eso las críticas al estilo Sokal son más bien inocuas). Lo que no tenemos es auténtica comunicación entre las distintas esferas, la de la opinión pública, la política y la científica.⁷

3.2. La respuesta falibilista

Creo que se puede defender la posibilidad del periodismo científico de opinión desde otra posición filosófica, estrictamente actual, pero no posmoderna. la tradición falibilista. Los falibilistas, como Peirce y Popper, distinguen nítidamente entre certeza y verdad. A diferencia de los modernos, no consideran que la certeza sea el valor epistémico máximo, pero, a diferencia de los posmodernos, otorgan esa posición a la verdad. Recordemos que la certeza ha sido desde antiguo la seña de identidad de la *episteme*, lo que la diferenciaba de la *doxa*. Si pensamos en una ciencia sin certezas y en una opinión firmemente comprometida con la voluntad de verdad, entonces la comunicación entre ambas se ve facilitada. Lo cual no quiere decir que todo discurso sea igualmente valioso o racional, pero pone la cuestión en el terreno de lo práctico, de la razón práctica. Al final el criterio de legitimidad de un discurso es de carácter ético, no tiene que ver con su seguridad o certeza epistémica. Existen desde antiguo precedentes en este sentido. Por ejemplo, tal como ha señalado G.E.R. Lloyd, el criterio de demarcación empleado por los médicos hipocráticos para diferenciarse de los charlatanes era principalmente de carácter deontológico, antes que metodológico. Del mismo modo, hoy sabemos que el criterio de demarcación intentado por Popper tiene una base ética más que metodológica.

En la opinión periodística también hay una exigencia de honradez intelectual y de búsqueda de la verdad, de resistencia a los intereses (tan presentes aquí como puedan estarlo en la ciencia) desde una deontología profesional que no tiene por qué ser más débil que la de los científicos.⁸ Cuando están presentes, la honradez intelectual, el esfuerzo en el trabajo, el rigor, la voluntad incorruptible de verdad, son las que legitiman y otorgan condición de racionalidad tanto al discurso científico como al periodístico. Vistas así las cosas el periodista que se tome la molestia de entender, de actuar con rigor, de contrastar puntos de vista dentro y fuera de la comunidad científica, puede aportar una opinión valiosísima desde su formación y sentido común crítico. Hay que pensar, además, que el periodismo, sin perder su carácter universal y mediador, ha tendido también hacia la especialización. El periodista especializado, será, pues, particularmente apto para la elaboración de un periodismo científico de opinión.⁹

La relación entre ciencia y sentido común frecuentemente es mal entendida. Se tiende a pensar que la ciencia es contraria al sentido común, pero no es así. Para hacer ciencia es imprescindible el sentido común, tanto como para hacer periodismo. Sucede que algunas teorías científicas han contrariado el sentido común de la época, pero eso no dice nada en contra de lo que aquí sostenemos, pues las nociones y criterios de sentido común no pueden ser inmutables, deben estar sometidas a crítica y revisión. Por eso hablamos de sentido común *crítico*. Pero de ahí a utilizar como argumento *a favor* de una teoría científica su oposición al sentido común, o a decir que la ciencia no puede ser juzgada desde la pura sensatez, media un abismo. De hecho, en ciertos casos el sentido común se ha resistido a dar por buenas teorías científicas que se han mostrado a la larga erróneas (es el caso del conductismo en psicología animal).

Importa aquí sostener la continuidad entre el sentido común y la ciencia, entre el lenguaje común y el científico. Si no existiese tal continuidad nos condenaríamos a los juegos de lenguaje inconmensurables, al relativismo y a una interpretación no realista de la ciencia.

Precisamente, la oportunidad de opinar desde la prensa sobre la ciencia viene dada por esa continuidad, que es la continuidad de la razón humana. Todo esto no quiere decir que la opinión periodística sobre la ciencia no pueda hacerse mal (de hecho sucede demasiado a menudo), con criterios sensacionalistas y sin suficiente conocimiento de causa, por supuesto, pero la conclusión no es que no deba hacerse, sino que debe hacerse bien y estar ella misma sometida a crítica.

Según mi punto de vista, a diferencia de lo sugerido por Feyerabend, las ideas que los científicos proponen dentro de sus campos de especialización deben ser consideradas tanto por la prensa como por los políticos de un modo especial. Por tanto, no pueden ser igualadas con las pseudo-ciencias. Sin embargo, siempre hay que mantener alerta el espíritu crítico, pedir explicaciones acerca de lo que no nos parece claro, contrastar las fuentes y no aceptar sin más argumentos de autoridad. Por otra parte cabe añadir que la razón del trato diferenciado no reside en ningún privilegio especial de la ciencia, ni depende de la existencia de un supuesto "método científico," sino que se basa en el reconocimiento de que la ciencia es, cuando trata de sus objetos propios, una de las mejores formas de desarrollo y expresión del sentido común crítico.

En definitiva, me parece legítimo y recomendable, desde el punto de vista de la razón práctica, que el periodista exponga sus opiniones sobre los resultados científicos, y que apele para ello al puro sentido común crítico y a la comparación entre los resultados hallados por diferentes científicos.

Notas

¹ Puede verse al respecto. J. Echeverría. *Filosofía de la ciencia*, Akal, Madrid, 1995 y A. Marcos. *Hacia una filosofía de la ciencia amplia*, Tecnos, Madrid, 2000.

² Martín Yriart (1999). "CPCT-Berlín. Una década de estudios sobre comunicación social de la ciencia", *REDES*, Buenos Aires, 11 (5).

³ Puede verse una exposición por extenso de una teoría de la divulgación científica en A. Marcos y F. Calderón. "Una teoría de la divulgación de la ciencia" *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia* (en prensa).

⁴ Véase P. Feyerabend. *La ciencia en una sociedad libre*, Siglo XXI, Madrid, 1978.

⁵ Las conexiones del "affaire Sokal" con la divulgación científica pueden seguirse en León Olivé. *El bien, el mal y la razón*, Paidós-UNAM, México, 2000, págs. 67 y ss.

⁶ Rorty, por ejemplo, desacredita directamente la distinción entre *episteme* y *doxa*. Otros posmodernos a los que aquí estoy haciendo referencia implícita son Lyotard, Derrida, Vattimo y Foucault. En buena medida reciben influencias de Nietzsche y Heidegger, pero no se puede olvidar la influencia de Wittgenstein sobre autores como Lyotard, y tampoco cabe obviar las líneas evidentes de confluencia de los posmodernos con muchos sociólogos y algunos filósofos de la ciencia, como Kuhn y Feyerabend.

⁷ Si lo que hace falta es comunicación a través de las distintas esferas, por qué no aceptar las posiciones de Habermas, su teoría de la racionalidad como acción comunicativa. No puedo aquí extenderme en una crítica a las ideas de Habermas, pero tiendo a pensar que suponen un regreso hacia posiciones modernas ya insostenibles. Coincido en este punto con Rorty, quien atribuye a Habermas una excesiva dependencia de las nociones cartesianas y kantianas de racionalidad.

⁸ Por ejemplo, los intereses a los que está sometida la investigación farmacológica y los ensayos clínicos no son en absoluto menores que los que soportan los periodistas, tal vez mayores, por las inversiones y puestos de trabajo que están en juego. Desde el sentido común crítico se pueden apreciar a veces sesgos incorrectos en los diseños experimentales y contaminación de la buena práctica científica por criterios comerciales. A veces incluso le resulta más perceptible este sesgo a quien mira la investigación desde fuera que al propio científico.

⁹ Sobre el periodismo especializado afirman Javier Fernández y Francisco Esteve lo siguiente: "Se trata [...] de hacer posible al periodismo su penetración en el mundo de la especialización [...], no para convertir a nuestros profesionales en falsos especialistas, no para obligar al periodismo a parcelarse [...], sino al contrario: para hacer

de cada especialidad algo comunicable [] susceptible de codificación para mensajes universales” (J Fernández y F Esteve: *Fundamentos de la información periodística especializada*, Síntesis, Madrid, 1993). Puede verse también: M Quesada: *Periodismo especializado*, Ed. Internacionales Universitarias, Madrid, 1998.